

Incipit - El papa que rie

Por Mike van Treek Nilsson

Todo pacto de lectura requiere de un incipit, un debut, que dé pistas sobre cómo deben interpretarse las cosas que se inician. El inicio de cada cosa tiene un valor que, en el caso del saludo de Francisco, el nuevo papa, conviene poner en evidencia.

En primer lugar, ya su nombre marcaría una posible reforma hacia una iglesia más humilde y más ocupada de la solidaridad. Tal vez veamos una atención mayor en animar a los creyentes en el servicio sincero y comprometido en el proyecto de la humanidad.

Así, la vestimenta que ha escogido para salir al balcón es signo de austeridad. Únicamente se ha colocado la estola para realizar una bendición y se la ha quitado después de ella. Tal vez no sorprende a quienes lo han visto ir de su casa a su trabajo en micro de recorrido, pero sí a quienes esperaban pompa y ritualismos ostentosos.

En segundo lugar, oírlo hablar da la impresión que Francisco está preocupado de entablar una relación con la gente que está en la plaza y no tanto de las formas correctas del protocolo ni de la lengua italiana que ha manejado con la áspera dulzura del acento castellano.

En tercer lugar, el papa se presenta con sencillez y en uno de los gestos tal vez más inesperados crea la confianza mediante una salida cómica a su elección: «me han ido a buscar al fin del mundo». Una referencia regional y descentralizante, como si por fin se debiera entender que pastorear la iglesia se hace desde las últimas filas.

Pienso que la inclinación del cónclave por escoger al segundo papa no europeo de la historia (San Pedro el primero) es un gesto fuerte. Es de esperar que el diálogo y la colaboración entre las iglesias regionales se acrecienta y se aprenda a valorar la tradición multiforme que en ellas va lentamente adquiriendo sentido y fuerza.

Otro gesto de alto valor es el cambio en el orden protocolar. En lugar de ponerse inmediatamente al vértice, solicita una bendición de Dios intermediada por el pueblo fiel ante el cual se inclina en silencio y con respeto. Pareciera estar leyendo que el sacerdocio común de los fieles precede al orden sagrado, una idea matriz del Concilio Vaticano II.

En fin, Francisco no pronunció la palabra «papa». Él es obispo de Roma y es ella, la comunidad, la que precide en la caridad a las demás. Ha preferido así, ajustándose en todo a la doctrina, señalar que Roma no es el fundamento de la iglesia, sino la primera servidora del Evangelio.

Es el inicio, el incipit. Todo queda por confirmar, pero un pacto ha sido propuesto. El ejercicio pastoral mismo nos irá diciendo si hay un ánimo de reforma que traduzca una verdadera conversión al

Evangelio. Por ahora creo que habría que valorar algo inédito: el papa partió sacando una carcajada, esperemos que los creyentes podamos recogerla en la fiesta de la renovación.